POR QUE NO HUBO TORO DE MUERTE EN ESTELLA

Por «FILOTEO»

Amigo Isidoro: Todos los años por estas fechas, día arriba, día abajo, me llega tu invitación en forma de ruego, que yo acepto como mandato, cumpliéndolo muy gustoso, de que te haga "algo" para la página de Estella en fiestas. Pues te voy a hacer ese "algo que a lo peor te va a saber a poco y, si no te parece mal, nos vamos a repartir entre los dos, por partes iguales el fracaso: tú por impremeditación al dirigir tus tiros, y yo, por incompetente.

Ahí va una clásica estampa estellesa, cargada de recuerdos y nostalgias para quienes la vivieron, e inédita, para los que por aquel entonces no decíais ni anjos.

Aquel año de 1916 se quedaron en Estella sin toro de muerte. Según tradicional costumbre que hoy día aún perdura, el día central de las fiestas coincidía con el primer domingo de agosto, cuya fecha se distinguía porque en ella se mataba un toro de los de verdad. Antes de meterme en harina tengo que hacerte una observación que, a lo mejor no te va a servir para nada, porque acaso estarás canso de saberla, por oídas, pero que no estará de sobra recordártela.

Por aquella lejana época el ganado bravo que lo abastecía por regla general don Cándido Díaz, llegaba a Legardeta, granja distante de Estella unos cuatro kilómetros aproximadamente, por cañadas, teniendo que satisfacer las contentas a los guardas —que se pagaban en reales— cada muga que traspasaban.

Ocurría entonces que el encierro se iniciaba desde la mencionada granja, saliendo al encuentro de las reses bravas hasta la altura de Noveleta los mozos y mozas, estas con grandes esquilas ocultas debajo de sus delantales, y metiendo entre todos un tan endemoniado ruido, que repercutía el escándalo en la manada, que se desperdigaba por los cuatro puntos cardinales, viéndose impotentes los pastores para traerla a mandamiento. Hasta se dio el caso de que mientras no se conseguía que llegara ni una triste vaca a la plaza portátil que se montaba en la de San Juan, en muchas localidades de la Merindad, adonde caían los asustados animales de improviso y, sembrando el pánico, se improvisaran capeas.

Primero, las recogían valiéndose de los bueyes, las encerraban después, para en última instancia, mientras esperaban a que saliera el cierzo para aventar la parva, formaban en las eras, con carros, algo que tenía cierta semejanza con un irregular círculo y, se hartaban de torear. Mientras tanto los estelleses de campo. O por el campo tratando de recoger al ganado, si habían de tener capea al día siguiente.

Bueno, ya vale; todo eso me lo sé yo de memoria, dirás tú. ¿Me quieres aclarar por qué aquel año no hubo toro de muerte en Estella?

A eso iba precisamente. Te diré: por razones sentimentales.

Aquél año llegó tres o cuatro días antes de las fiestas Agustín Ustárroz, el mayoral de don Cándido, que ayudado de otros pastores transportaron el ganado hasta Legardeta encerrándolo en la misma corraleta que durante todo el año encerraba el tío Robustiano las vacas lecheras de su amo que hubo que trasladarlas, para dejar espacio libre, a la Casa Blanca.

Uno de los hijos del tío Robustiano, que el año anterior había sido testigo de cómo torturó al toro de muerte uno que se llamaba matatoros, que no hizo honor al denominativo, consintiendo que pasara a la jurisdicción de los Civiles, que acabaron con el precioso animal, no perdía de vista al toro que desde Funes había traído Agustín revuelto con vacas y cabestros.

—¡Qué bonito toro!, señor Agustín. ¿Cómo se llama?

—Postinero.

—¡Qué bien le cuadra el nombre! ¿Lo martirizarán como al del año pasado?

—Depende, hijo. Según las manos en que caiga.

—Pues no lo harán. Por mi cuenta corre.

—¿Qué piensas hacer tú para evitarlo?

El mocete, dando la callada por respuesta, se lanzó desde lo alto del tapial en un acrobático salto.

Aquél sábado de agosto fue de los de prueba. Habían tenido el primer encierro. Agustín, junto con dos pastores y tres cabestros volvió a la tardeada a Legardeta denotando en sus rostros la fatiga del día. A las dos de la madrugada llevarían a encerrar el toro de muerte a Estella, aprovechando cuando menos barullo habría.

Cenaron desganados y, en cuanto cerró la noche, los pastores, que en lo de entender la vida no hay quien les aventaje, optaron por dormir al aire libre, de cara a las estrellas, con las que por razones del oficio tan familiarizados estaban. Y dicho y hecho, descendieron hasta el majadal, que se hallaba a una pedrada de la casa, tendieron las mantas sobre el juncal, que chocarrado por el resol del día les sirvió de muelle, durmiéndose como unos angelicos.

Quien no descansaba ni dormía era el chavea. El toro estaba separado de los cabestros por una talanquera. Primero abrió la puerta que daba a la pradera, hostigando a los bueyes para que se movieran y metieran ruido con los esquilones. Luego se subió al tejadillo de la corraleta y, arrastrándose por el borde del alero, con una zumba llamó la atención del toro que lo colocó de cará a la puerta, gritándole:

—¡Huye "Postinero", huye! No sabes la que te espera.

El toro obedeció. Dio un resoplido y desapareció, desdibujada su preciosa lámina por las sombras de la noche.

Y has de saber, amigo Isidoro, que como el toro es uno de los animales más inteligentes y de más fino instinto, y por muy apartado que se encuentre de su dehesa, termina por dar con ella, como consiguió "Postinero" que para la noche del domingo ya estaba en terreno de Funes.

Por eso no hubo toro de muerte en Estella aquél domingo de fiestas. Porque se le antojó a aquel mocete que, sin entender ni pertenecer a ninguna Sociedad Protectora de Animales, a cuyos socios les sale por un comino el dejar mal herido a un inocente alce, para que acaben con él a pedrada limpia los chicos de cualquier colegio, en tarde de paseo, dio libertad a aquel precioso toro para que no lo martirizaran entre más de cuatro que les daba por llamarse toreros.

En Estella nadie dio crédito a que se había escapado el toro. Lo tomaron tan a mal sus habitantes que nadie se recataba en decir a voz en cuello, para que lo oyeran, que aquello era una tacañería de la Comisión de Festejos que había suprimido el toro de muerte. Se armó lo que se dice un verdadero revuelo, pero sin el menor fundamento. ¿Y el promotor de aquél descontento general? ¡Tan ufano de su azaña!

Si se llegan a enterar de toda la verdad los de Estella, no le lava ni toda el agua que baja el Jordán, en día de crecida...

«FRUTAS»

FRANCISCO ROMERO

«LAS MAS SELECTAS»

ESTELLA Telf. 126

LA CAJA DE LAS SORPRESAS

Yo le llamo así a esa placita de toros de Estella, encalada, con huecos en forma de herradura que le dan un aspecto morisco, tan chocante comparada con el resto de la arquitectura de la ciudad.

Como en cualquier plaza del mundo, cuando se entra en la de Estella, uno nunca sabe si el espectáculo será bueno o malo, si los toros saldrán bravos o mansurrones, o si los toreros cortarán orejas u oirán pitos. Ahora bien, se puede ir siempre con la seguridad de no salir defraudado, porque de esa "caja de sorpresas" en cualquier momento sale un número totalmente inédito, que hace olvidar al que figuraba en el programa, si éste ha resultado aburrido.

De la afición de los estelleses a los toros habría mucho que discutir, y que me perdonen mis amigos del Club Taurino. Desde luego no faltan los auténticos aficionados a la fiesta nacional, pero con ellos nunca se llenaría nuestra plaza chiquita y morisca. Yo siempre he pensado que en Estella se va a la plaza de toros, "a ver qué sale", y que la gente coge los billetes de entrada, sin haber mirado apenas el programa. El hecho es que no se concibe que pase un año sin que se abran sus grandes portones, y aún más, siempre surge un espectáculo además de los preparados por la Comisión de Festejos, que sirve de propina del programa.

Y a propósito de esa algo extraña afición de nuestro pueblo a los espectáculos taurinos, recordaré aquella conversación que sostenían dos viejecitos que subían al Puy, uno de los últimos días de julio de 1936. Las calles casi vacías a esa hora de la tarde, y en las casas muchicheos que comentan las primeras noticias que llegan de los voluntarios que han ido al frente. Decía uno de los viejos:

—¿Sabes? Me han asegurado que este año se suprimen las fiestas por la guerra y hasta se han suspendido las corridas de toros.

—¿Qué dices? ¿Y para eso hemos "mandau" a nuestros hijos al frente?

Yo espero que algún día habrá quien se decida a escribir la historia de nuestra placita de extraña arquitectura. Y en ella saldrán anécdotas estupendas, risueñas y amables. Como las que siguen a continuación.

EL CAMELLO POR EL OJO DE LA AGUJA

Acababa de celebrarse la corrida grande, la del domingo de fiestas. Como es costumbre en Estella, al terminar el espectáculo de pago, se sueltan unas cuantas vaquillas emboladas para que los aficionados puedan demostrar sus aptitudes taurinas. Al mismo tiempo, se abren de par en las puertas de la Plaza, y el público que se ha quedado antes fuera por no poder o no querer pagar la entrada, acaba de abarrotar los tendidos, el ruedo y el callejón.

El paso al callejón se hace incómodamente a través de una tronera practicada en el portón, y que apenas deja pasar una camilla en el caso que haya algún herido en el ruedo. Nadie sabe cómo fue; seguramente alguien que había pasado por tan estrecho paso, se dejó la puerta abierta. Al mismo tiempo una vaquilla, sin asustarse por los cientos de mozos que llenaban el callejón, saltó la valla, corrió por él, vio el escotillón abierto y lo cruzó limpiamente, atravesó después el portón de la calle, entre la atónita mirada de los dos porteros, y salió corriendo por la carretera hasta llegar a unas viñas existentes en la falda de la colina del Puy. Desde el tendido, la gente aún pudo ver la extraña carrera de la vaquilla, el susto de las personas que se cruzaban con ella, y el heróico final de la res ante la superioridad de las fuerzas de la Guardia Civil.

Al día siguiente, el admirado crítico taurino del DIARIO DE NAVARRA, el fallecido CHE, comenzaba su crónica de la corrida con estas palabras: "¿Han oído Vds. hablar de lo difícil que es pasar a un camello por el ojo de un aguja?... Pues lo ocurrido en Estella supera a la frase del Evangelio".

EL AVIADOR AFICIONADO

Se celebraban las fiestas del año treinta y tantos. La gente que ocupaba los tendidos se divertía con las peripecias que sucedían en el ruedo. De repente su atención se dirigió a otro punto, hacia un avión, o aeroplano como se llamaba entonces, que evolucionaba cada vez más bajo encima del redondel. Todos decían: "Ese es Fulano (un apellido de Estella) que no ha podido venir a fiestas este año".

Probablemente quiso dar un pase, o pasada, a la vaquilla que sorprendida por el extraño ruido, se había quedado quieta en la arena, el caso es que casi el aeroplano la rozó. Lo que no pudo evitar es que la cola del aparato rozase con el muro de cierre de la Plaza, por el lado donde no existen palcos. Una dentellada de dos metros en dicho muro fue la única consecuencia de aquel peligroso alarde del aviador estellés.

¡NOVILLO PA' LAS CHICAS!

Nuestras autoridades cuando ocupan la presidencia de la Plaza, me imagino que se sienten un poco emperadores romanos, al regir el espectáculo para los aficionados. No hay más que ver su sonrisa condescendiente cuando acceden a lo que el público pide con gritos rítmicos, y los músicos subrayan con sus instrumentos.

Era entonces alcalde don Lorenzo González. Habían toreado los mozos y los chavalillos, cada cual en su turno. Entonces un grupo de chicas, que estaban hartas de ser espectadoras en el único espectáculo de fiestas que les estaba vedado su actuación, saltaron al ruedo reclamando a la Presidencia un novillo para ellas. Al momento toda la plaza gritaba al unísono: ¡Novillo pa las chicas!; ¡Novillo pa las chicas!. El Alcalde que, en el fondo estaba deseando concederlo, hizo como que dudaba hasta que por fin, entre los aplausos del público, sacó el pañuelo en señal de asentimiento.

Desde entonces el novillo de las chicas es obligado en las capeas de los últimos días de fiestas. Ellas que lo saben, van vestidas con pantalones, sin miedo al revolcón posible a causa de una embestida del bicho. Hay algunas con verdadero arte y estilo para la lidia. Como aquella chica que arrancó verdaderos aplausos del público e hizo comentar a un periodista del "YA" de Madrid:

—Esta chica reune unas condicioens estupendas para torear; ¡si fuera hombre!.

Y le contestó uno que estaba a su lado.

—Entonces no podría meterse monja, que es lo que piensa hacer en Octubre próximo.

"¡QUE SALGA BARATO!"

Este grito, que antes se oía mucho entre el público, no tiene nada que ver con la baja de precios. Se refiere a un estellés más conocido por el apodo de "Barato" que por su apellido. Fue mucho tiempo portero del equipo de fútbol Izarra, y durante bastantes años exhibió ante sus paisanos sus extraordinarias facultades de agilidad y equilibrio.

Entre los muchos números que ejecutaba ante las vaquillas emboladas, quizá el que más agradaba a la gente era el de la cuba.

"Barato" se encaramaba encima de un gran barril, y citaba a la res. Esta, al embestir al barril, lo hacía rodar sobre la arena, mientras "Barato", aguantaba las tarascadas del animal en un alarde de circense de equilibrio.

Hoy día "Barato", con más años y menos facultades, se ha retirasolo año al tendido, vestido con do del ruedo. Pero no falta ni un uan blusa negra de tratante y una boina descomunal, para dirigir, con un estilo que no desdeñaría ningún afamado director de orquesta, una de las charangas que animan constantemente las fiestas. Un bastón a modo de batuta, y el inolvidable cigarro puro en la boca completan el retrato de este extraño director de orquesta actual, y antes consumado equilibrista.

MUCHAS SORPRESAS

A cada momento y en cualquier día surge en la Plaza de Toros de Estella la sorpresa, como la que se llevaron el público y participantes en el concurso de jotas que organizó el Ayuntamiento, en que una vaca la más fiera aquel año surgió, Dios sabe cómo, en el ruedo y sembró el pánico entre los concursantes que hacían el paseíllo.

O aquel toro que, de salida, embistió contra uno de los burladeros, y lo arrancó del suelo, dejando indefenso y con un susto de muerte al pobre peón que en él se había refugiado.

En fin, ¿para qué seguir?. Con lo dicho se comprenderá mejor esa afirmación anterior de que en Estella nadie se aburre en la Plaza de Toros. Quizá le defraude el espectáculo porque no le ha dado lo que esperaba de él, pero siempre surgirá el elemento o la circunstancia que distraerá su atención y le alegrará el ánimo, tanto como para no faltar el año siguiente a fiestas.

CHUS

¡Ferragut sí, Oncineda, no!

Por Pedro María Gutiérrez Eraso

Los nombres lo son todo, a la hora de individualizar y por eso deben escogerse con sumo cuidado, ya que si bautizamos a un infante con el nombre de Exuperio o de Pramacio, no cabe duda, que de las desdichas y sinsabores que la vida acumule sobre el infante por este motivo, los responsables directos seremos nosotros. Y esto viene a cuento de la incipiente industria hotelera de Estella, que hallándose en el trance agridulce de la próxima paternidad, cree haber encontrado nombre adecuado al «nasciturus».

Oncineda parece ser que se llamará el Mesón que se va a levantar como un vigía sobre la artesa Estellesa. Y es nombre que a primera «oída», resulta eufónico, sonando en la imaginación, algo así como una reunión de extraños árboles, o sabe Dios qué remembranzas, al gusto de cada quisque; es nombre bonito, pero... muy fácil de olvidar por los extraños.

Con todos los respetos, Oncineda, es nombre que más bien me parece apto para ser usado por guardas, pastores y labradores, que para dar vida a un Mesón de la Ruta Jacobea, y en todo caso, apto solamente para servir de imaginaria, de reserva, o sustitutivo, para el caso de no hallar otro mas sugerente. ¿Pero es que lo hay? Hacerse esta pregunta en Estella, resulta por demás ingenuo. Esta vieja Ciudad que un día fuera cuna y solar de francos, lemosines, y judíos, guarda el recuerdo de las feroces luchas de Roldán y Ferragut, en un «capiteles cope» del Palacio de los Reyes de Navarra. ¡Roldán y Ferragut: casi nada a la hora de pensar en nombres sugestivos! Por eso, que el futuro Hotel, piense llevar el nombre de Rolando, me parece psicológicamente un acierto de primer orden, y que el Mesón en erección no haya pensado en llevar el nombre de Ferragut, me parece una omisión que debiera subsanar en bien suyo.

Y ello, no, —como pudiera pensar algún malicioso— porque tratándose de entidades mercantiles, en lucha y competencia, parezca ser la traducción simbólica de la lucha entre Roldán y Ferragut, sino porque los nombres están cargados de evocaciones, sugerencias y bellos sueños para nuestros vecinos los franceses que por curiosa razón estadística, resultan ser igualmente el 70% de nuestros visitantes.

Claro está que habrá quien objete, que para comerse una tortilla de patatas, lo mismo da que se llame así, o asá, el techo que nos cobije, lo cual si bien es cierto objetivamente, no lo es subjetivamente si consideramos que el alma humana, rica en estímulos emotivos, responde mejor a las llamadas a lo espiritual. Y para los franceses, los recuerdos carolingios siguen vivos, y cada nombre de Ferragut, Roldán o Carlomagno, es un imán que polariza a su alrededor la «gens gálica». No son pues Roldán y Ferragut, dos nombres más, sino dos llamadas incitantes al turismo francés y en este sentido, ellos sólos, por sí mismos, valen lo que una activísima campaña de publicidad. Más aún, la dan hecha: son dinero contante y sonante.

Podría extenderme en el tema pero... ciertamente no hacen falta razones supletorias, para justificar el cambio de nombres del Mesón. Esto es tan evidente, que de no hacerse, pronto veremos, cómo el nombre deja de ser «res nullius», aprovechado por cualquier otro industrial espabilado.

Y puesto que hoy me ha dado por barajar nombres históricos, no estará de más que nos preguntemos todos si los estelleses no han sido unos desagradecidos con los fundadores de la Ciudad.

En la I Semana de Estudios Medievales, recientemente celebrada con un éxito rotundo, éxito que pertenece no sólo a Estella sino a toda nuestra querida Navarra, se ha estudiado la formación de Estella, paso a paso, a través de sus 5 burgos, gracias al cariño y la clarividencia de dos Reyes: Sancho Ramírez y Sancho el Sabio.

Estella debe todo lo que es hoy, a estos soberanos y vais a ver cómo los recuerda: Sancho Ramírez tiene una calle, ridícula, con media docena de casas y Sancho el Sabio, desahuciado, carece de calle. Creo que los hechos son expresivos. Por esto, Estella que empieza ahora a estirar su esqueleto, con nuevas urbanizaciones, tiene la oportunidad de bautizar dos nuevas y hermosas calles con los nombres de nuestros Reyes. Y siendo agradecidos de esta manera al honrarlos nos honramos nosotros mismos. Nuestro Municipio, que tanto ha trabajado y trabaja por el buen nombre de Estella, queda emplazado desde estas líneas, para cumplir esta Deuda de Honor, que afecta a la Ciudad, y tengo la seguridad de que pronto quedará saldada. Ferragut, Sancho Ramírez y Sancho el Sabio: tres nombres de la Historia de Estella, que del polvo de los códices y diplomas, van a pasar muy pronto al uso cotidiano de turistas y carteros.

En vísperas de fiestas

Por Edilberto Onieva

A medida que se acerca el primer sábado de agosto, siente todo buen estellés la necesidad de divertirse.

Faltan unas horas para que se dispare el cohete desde la Casa Consistorial y comiencen las fiestas con el desfile de dulzaineros, chistularis y banda de música entre un público municipal y espeso, que diría Ruben Darío, y ya dicen los vecinos, sinceramente amigos de la tradición, dirigiendo al cielo los ojos:

—¿Habrá cambio de tiempo?

Y ante la idea de que las perturbaciones atmosféricas que por las irregularidades del tiempo suelen presentarse, se les aflige el corazón y se les arruga la frente.

En los pueblos de "tierra Estella" y aún en otros lejanos de la provincia y de fuera de ella, hay muchas personas que vienen a la ciudad llueva o no llueva, haga calor o haga frío, porque es lo que ellos dicen:

—El viaje es barato; en Estella tengo un amigo que me admitirá muy gustoso en su casa. Pues a Estella me voy.

Desde la antevíspera del primer sábado de agosto comienzan a llegar los trenes y autobuses llenos de gente con cara de satisfacción por los días alegres que les espera. Unos van derechos a la casa de huéspedes, otros se quedan en la estación pensando qué rumbo tomarán y otros se cuelan de rondón en casa del pariente, del paisano o del amigo según los casos.

—¿Están los señores? Dígales usted que soy el Mirlo, el de Hornapicos de la Muela.

Dos minutos después la criada abre la puerta y pasa el Mirlo que es recibido en el pasillo por el amo de la casa.

—¡Aniceto! grita el Mirlo arrojándose en sus brazos.

—¡Tú aquí! exclama el otro.

—¿Te sorprende, verdad?. Pues he venido a darte una sorpresa. Tú, muchacha, coge esa maleta.

—Vaya, vaya, con el Mirlo —dice el amo de la casa por decir algo.

—¿Y tu mujer?

—Luego la verás. Está vistiéndose.

—No importa. Llévame donde está. Ya sabes que no me gustan los cumplidos.

Aniceto se ve precisado a sujetar al Mirlo, que quiere a toda costa saludar a la dueña de la casa sin esperar a que se vista.

Aniceto y su mujer forman un feliz matrimonio que antes de nuestra guerra de Liberación tenían un modesto establecimiento de confitería, pero en la época de los racionamientos de artículos comestibles, recibían cupos de azúcar y haciendo uso de aquella palabra que entonces adquirió carta de naturaleza en nuestro diccionario, vendían el azúcar y comenzaron a prosperar, haciendo la mujer ostentación de su riqueza en cuantas ocasiones se presentaba.

En cierta ocasión oyó a una de sus amigas decir que al lado del marido tan culto que tenía, adquiría un complejo de inferioridad. También otra amiga le dijo que tenía un complejo, y ella con más dinero que las dos, ¿se había de quedar sin complejo?

Se dirigió a uno de los muchos acreditados comercios de la localidad y dijo al dependiente:

—¡Quiero que me saque un complejo, el mejor que tenga!

—¿Un complejo? —dijo sorprendido el comerciante.

—Sí, un complejo que sea bueno, cueste lo que cueste. Mis amigas lo tienen y yo no he de ser menos.

El comerciante que conoce la psicología de las clientes y que sabe la debilidad de doña Frasquita, le sacó un sostén de nylon diciendo:

—Estoy seguro que ninguna de sus amigas tiene un complejo como éste, porque hemos traído dos en exclusiva.

—Pues vengan los dos. Y doña Frasquita se fue satisfecha con los dos sostenes de nylon para pasárselos por las narices a sus dos amigas.

—¡Chico! —dijo el Mirlo. Traigo un hambre canina. Con que ya me entiendes.

—Entendido. Voy a decir que aligeren el almuerzo.

El Mirlo se posesionó de aquella casa como si fuera la suya. Es el hombre más fresco y más desahogado de toda su comarca y a las primeras de cambio dice a la esposa de don Aniceto:

—¡Caramba, Frasquita, qué vieja la encuentro a usted!

Doña Frasquita reprime un gesto de disgusto y se traga sin querer un rabanillo entero y dice para justificar su tardanza, como si no hubiese oído el ex-abrupto lanzado:

—¿Sabe? Como el servicio está hoy tan malo, las señoras tenemos que hacer trabajos que no pueden confiarse a las muchachas. Estaba limpiando la plata.

Y el marido procura cambiar de conversación exclamando:

—¡Vaya, vaya con el Mirlo. ¿Y vienes para muchos días?

—No lo sé. Yo he venido a divertirme. En Hornapicos de la Muela no hay diversiones y me dije: A Estella; tengo la casa de mi amigo Aniceto para alojarme, tengo unos duros en el bolsillo para obsequiarle **chiquitiando.**

Con el bocado en la boca salió el Mirlo a la calle y eran las tres de la mañaan y no había regresado.

—¡Ay Aniceto! ¡Ese hombre nos va a ocasionar muchos disgustos! —decía doña Frasquita dando vueltas en la cama.

—Ya lo se.

—Hay que despedirle.

—¿Estas loca? ¿No sabes que es mi amigo de la infancia? ¿No recuerdas que en los tiempos de racionamiento del aceite nos trajo de su cosecha?.

—Sí, sí; un aceite que sabía a ungüento. Y para eso se llevó azúcar blanco. ¡Valiente regalo el que nos hizo!

Cuando así dialogaban marido y mujer oyóse ruido en la puerta de la escalera. Don Aniceto saltó de la cama en pijama y salió a abrir.

—¡Olé los hombres de gracia! —dijo el Mirlo echándole los brazos al cuello.

Con el Mirlo venía el Chato, un cantador de jotas feo como un demonio y el Virutas, un tocador de guitarra.

—¿Qué es esto? —gritó el amo de la casa retrocediendo asustado.

—Esto es —contestó el Mirlo que había agarrado una melopea más que regular— que te traigo a estos amigos para que les oigas cantar jotas y tocar la guitarra. Dile a tu esposa que se levante y que aquí tiene a quien obsequiar con sus dineros. Anda hombre, no te quedes parado.

Don Aniceto perdió los estribos y sin fijarse en sus paños menores cogió al Mirlo por el cuello y lo tiró contra la pared. Interpúsose el Chato, gritó el Virutas, alarmóse la criada y apareció en el pasillo la esposa de don Aniceto a medio vestir diciendo con voz iracunda:

—¡Plántalos en la calle! ¡Sin vergüenza!

El Mirlo, después de echar en cara a su amigo el regalo del aceite y de llamar fea a su esposa, salió de aquel domicilio acompañado del cantador de jotas y del tocador de guitarra, no sin decir antes a Aniceto:

—¡Adios, mal amigo, ingrato!. La culpa me la tengo yo por haber pisado esta casa. ¿Es así como recibís los estelleses a los que venimos a honraros en las fiestas de agosto?.

Garage MARCELINO
AGENCIA DE TRACTORES
«LANZ»
Bar TURISMO
ESTELLA

EL MEJOR ZAPATO DE
EYA
199 PESETAS
ANTIDESLIZANTE
VULCANIZADO
GARANTIZADO
CALZADOS DE NAVARRA, S. A. -- ESTELLA

IMPRENTA
ZUNZARREN
SIGLO Y MEDIO DE EXISTENCIA
CONFECCIONANDO
LOS IMPRESOS MAS MODERNOS
ESTELLA

PESCADERIA
«LA BLANCA»
Venta todos los días de toda clase de pescados y mariscos del Cantábrico.
Calle Mayor, 60. Telf. 262.
Despacho: Plaza de los Fueros, 50. Telf. 99
ESTELLA